

2

De la guerra “nítida” a la guerra “difusa”

Flabián Nievas

Introducción

I

En 2004 el Círculo Militar publicó la obra colectiva *La primera guerra del siglo XXI. Irak 2003*.¹ Los editores reconocen que “quizás al lector le llamará la atención que se mencione a esta guerra como la primera del siglo, omitiendo la desarrollada en Afganistán en el 2002 [pero] consideramos que por su magnitud, su trascendencia, y por las fuerzas en presencia de ambos adversarios, la desarrollada contra Irak a partir de marzo de 2003, es la primera que tiene todas las características de una guerra.”² Más allá del pobre papel que les otorga a los caídos en esta... ¿desinteligencia afgana?, ¿controversia menor? —sería oportuno acordar como denominar a ese proceso en el que se bombardeó desde aire, tierra y mar, se desplegaron fuerzas de artillería, blindados e infantería, se produjeron bajas en ambos bandos, pero que no fue una guerra— esta afirmación nos hace reflexionar más sobre el enunciante que sobre el propio enunciado. Particularmente cuando se circunscribe la guerra de Irak a las acciones desarrolladas entre el 20 de marzo y el 1 de mayo de 2003.³ Con razonable preocupación uno de los autores se pregunta “¿estará Irak comenzando la guerra cuando la Coalición la dio por terminada? O dicho

¹ Círculo Militar, Buenos Aires, 2004. Tres tomos.

² *Op. cit.*, tomo 1, pág. 12

³ *Op. cit.*, tomo 1, pág. 382 y ss.

de otra forma, la Colación e Irak, ¿no estuvieron peleando dos guerras diferentes? Con lo cual cabría preguntarse si estamos realmente en la posguerra, o más bien, en una nueva fase de la guerra inconclusa que no terminó el 1 de mayo.”⁴ El problema que surge, y que nos remitía al enunciante más que al enunciado es, ¿a qué se llama *guerra* hoy? Y, más precisamente, más que al enunciante, a las categorías teóricas con las cuales se piensa este fenómeno.

II

Aunque pueda sorprender, hoy, uno de los mayores desafíos actuales para un analista es definir con precisión qué es una guerra. Ni siquiera los profesionales del ramo, los militares, pueden hacerlo satisfactoriamente —pueden hacer la guerra, pero definirla escapa a sus posibilidades y, ciertamente, a sus funciones—. La utilización laxa del término lo ha conducido a la futilidad. Más no se trata de un problema idiomático. En realidad la generosidad de su uso (y en ocasiones abuso) refleja la transformación de la práctica a que se refiere el concepto. Las imágenes tradicionales que evoca el término; tanques de guerra, bombardeos aéreos, despliegue de tropas, cañoneos, etc., no dan cuentas más que de una subespecie de guerra. En los últimos decenios hemos incorporado, al menos léxicamente, nuevas referencias, como guerra cibernética —o *cyberwar*—, guerra contra el terrorismo, guerra electrónica, etc. En gran medida el mismo concepto de guerra ha perdido nitidez, aunque su práctica no haya mermado en contundencia y letalidad. Esta sutil pero efectiva transformación tiene correlatos profesionales evidentes: desde proyectos cuasi paranoicos⁵ hasta redefiniciones institucionales que lindan lo absurdo.⁶

⁴ *Op. cit.*, tomo 1, págs. 405/6.

⁵ El fetichismo tecnológico lleva a muchos a pensar que es posible aumentar el rendimiento bélico dotando de mayor tecnología a los soldados. Bajo este supuesto se desarrollan actualmente varios proyectos millonarios de sistemas de armamento complejos para infantes, que incluyen desde computadoras y miras láser hasta equipos de aire acondicionado, radio, GPS, etc. en el uniforme de cada combatiente. EE.UU. desarrolla el programa Land Warrior para los Rangers (provistos en 2006), y una segunda versión, el Land Warrior Stryker Interoperability; Australia, el LAND 125 Wundurra, que incluye estudios de nutrición e hidratación; Canadá el Sistema integrado de Vestimenta y Equipo Protector; Francia el Sistema del Futuro Infante; Holanda el Sistema del Soldado de Infantería del Real Ejército Holandés; el Reino Unido el Futuro Soldado de Infantería (FIST); y España el Programa Combatiente del Futuro. Cf. “Soldado cibernético”, *DEF* N° 2, Buenos Aires, octubre de 2005, págs. 48 ss.; también “El combatiente del tercer milenio”, en *Revista Española de Defensa* N° 203, enero de 2005, págs. 50 ss. Al respecto se ha escrito mucho, bajo el nombre de “revolución de los asuntos militares” (RMA). Cf. Ferro, Matías; “¿Qué entendemos por Revolución en Asuntos Militares?”, Investigación N° 03 del Centro Argentino de Estudios Internacionales, s/d; Granda Coterillo, José y Martí Sempere, Carlos; “¿Qué se entiende por Revolución de los Asuntos Militares?”, en *Análisis* N° 57, Madrid, mayo-junio de 2000.

⁶ El desconcierto de las nuevas formas de beligerancia y la relativa desadaptación de las Fuerzas Armadas a las mismas ha llevado a que muchas se piensen a sí mismas con funciones de acción solidaria, lo cual constituye un despropósito (en el sentido exacto del término). Cf., por ejemplo “Respuesta solidaria en Pakistán”, en *Revista Española de Defensa* N° 213, noviembre de 2005. También en los números 203 y 204 de dicha revista, de enero y febrero de 2005, en los artículos relacionados al tsunami asiático. Todo ello ha llevado a que inquietas mentes hayan postulado el advenimiento del “soldado postmoderno”. Cf. el debate en torno a este concepto en Malamud, Marina; “Hacia una nueva sociología militar: del soldado posmoderno al soldado flexible”, tesis de maestría, Escuela Nacional de Defensa, 2006, inédita.

Para describir una situación tan rica en equívocos, nada más ajustado que el vocablo griego *crisis*: cambio, mutación en la naturaleza de algo que, sin embargo, sigue siendo ese algo. Cambio con continuidad, disrupción en el *continuum*, transformación.

Tenemos un punto de partida: sabemos lo que ya no es necesariamente. Tenemos un problema abierto: no sabemos qué es efectivamente. Sin la petulancia de pretender cerrar el problema, intentaremos establecer algunos elementos que ayuden a pensarlo. Dicho con otras palabras, más que ofrecer respuestas, trataremos de elucidar elementos que contribuyan al planteo de mejores preguntas, sabiendo que una buena pregunta prefigura una respuesta adecuada.

La guerra, decía Clausewitz, es la continuación de la política por otros medios, es decir, la expresión del poder sin mediaciones simbólicas. Pero tiene otra característica, que aunque parezca una obviedad no debe soslayarse: la guerra produce bajas humanas.⁷ La guerra sin batallas —y, por lo tanto, sin bajas— solo aconteció en la humanitaria imaginación de los teóricos de las maniobras, a los que Clausewitz —además de los hechos— sepultara.

Pues bien; si la guerra es un acto de fuerza que produce bajas es, también, un proceso,⁸ es decir, un proceso de concatenación de actos de fuerza que producen bajas. Quedan fuera de nuestro objeto de estudio las llamadas “guerras cibernéticas”, ya que en estas no se producen bajas.⁹ Pero el solo hecho de que se las mencione es denotativo del cambio que se está produciendo. Las configuraciones tradicionales ya no sirven para dar respuesta a los nuevos fenómenos bélicos. Y no se trata de un dilema intelectual, sino de un problema *práctico*, que las Fuerzas Armadas no logran resolver, y que los grupos insurgentes no logran plantearse. Lo hacen, pero no lo saben.

III

Desde más de cuatro décadas se intenta dar respuesta teórica a fenómenos bélicos que se han ido generalizando y a los que resulta extremadamente difícil sino imposible explicar desde la matriz teórica clásica de la guerra.¹⁰ Más difícil aún por cuanto lo estrito por el gran general prusiano no es en absoluto letra muerta. Basándose en algunas características presentes en casi todos los conflictos de la segunda mitad del siglo XX, como lo son la incursión de fuerzas irregulares, la notable disparidad de recursos, el involucramiento

⁷ “La guerra no pertenece al campo de las artes o de las ciencias, sino al de la existencia social. Es un conflicto de grandes intereses, resuelto mediante derramamientos de sangre, y solamente en esto se diferencia de otros conflictos.” Clausewitz, Karl; *De la guerra*, Solar, Buenos Aires, pág. 91.

⁸ “La guerra nunca es un acto aislado”, Clausewitz, Karl; *De la guerra*, pág. 13.

⁹ Esto puede parecer una obviedad, pero no lo es, por ejemplo para el Cnl. Patrick Allen y el Ttecnl. Chris Demchack, del ejército estadounidense, autores de “La guerra cibernética palestina-israelí”, en *Military Review*, septiembre-octubre 2003. Allí describen acciones de *hackers* de ambos bandos durante el año 2001.

¹⁰ Aunque es sumamente difícil indicar un punto de inflexión en la teoría, las primeras doctrinas (aún no la teoría) aparecieron inmediatamente después de concluida la Segunda Guerra Mundial, en gran medida, como desarrollo de prácticas en ella desarrolladas. Los primeros fenómenos sobre los que se reflexionó fueron las guerrillas griega y chipriota, así como la guerra de Indochina y la rebelión agraria en Malasia (1948-1956).

de la población civil, entre otras características, muchos de estos fenómenos han sido encuadrados en aproximaciones tales como guerra sublimitada, contrainsurgencia, Guerra de Baja Intensidad (GBI), guerra asimétrica, guerra irregular, guerra de cuarta generación y guerra en red.

Según sea el enfoque que se le dé, se destacan unos u otros aspectos, pudiendo éstos ser tan dispares que las teorías se tornan inconmensurables, carentes de patrones y, por ende, no competitivas entre sí. Un mismo fenómeno puede ser abordado desde distintas perspectivas sin que ninguna invalide, refute o cuestione a las otras. Tal laxitud teórica genera (y es efecto de) un caos epistémico que nos convoca a pensar en términos más generales, *desde* todos estos enfoques, a la vez que *por fuera* de todos ellos. Desde todos y cada una de ellos toda vez que cada una denota un problema o un área problemática de la teoría clásica respecto de los fenómenos bélicos a los que intenta explicar (que son la mayoría de los enfrentamientos bélicos actuales). Por fuera de todas ellos por cuanto una serie de adminículos teóricos ad hoc no constituyen un artefacto teórico único. Tanto más cuanto que muchos de dichos adminículos se contraponen.

La idea que presentamos y defenderemos aquí es que la naturaleza misma de la guerra ha ido cambiando —adecuándose al actual desarrollo del capitalismo— y, por lo tanto, es necesario pensar estos fenómenos bélicos *más allá* de los enfoques particulares que suponen una teoría operando como fondo de ellos. Sostendremos que la mutación ocurrida (o en proceso) de la naturaleza de la guerra ha provocado la insuficiencia analítica de los enfoques actuales, que no logran deshacerse del viejo modelo teórico que es preciso revisar, aunque no desconocer.

Es necesario repasar estos nuevos abordajes, que denotan problemas de la concepción clásica de la guerra. En tal sentido son sumamente útiles para orientar nuestra reflexión.

El cambio histórico

Es bien sabido que solo es conceptualizable lo ya realizado, no se puede anticipar con el pensamiento lo que no existe como práctica social, sino que aquel es producto de ésta.¹¹ De modo que no hay ninguna situación excepcional en el problema que estamos planteando, ya que hoy se trata de teorizar sobre las variaciones que han sufrido las prácticas desde que fueran conceptualizadas en lo que hoy llamamos teoría “clásica”. Las prácticas a las que nos referimos aparecieron con nitidez y a gran escala en la Segunda Guerra Mundial —aunque, como en todo proceso histórico, uno puede encontrar antecedentes—.¹² En esta conflagración la relativa debilidad de los ejércitos profesionales continentales frente al ejército alemán hizo que se recurriera a fuerzas de resistencia integradas por civiles. Las potencias aliadas apoyaron la organización de civiles en grupos de resistencia en los países ocupados, para desgastar al ejército alemán, ocupador. Los ca-

¹¹ Esta aseveración se sustenta tanto en el marxismo como en la epistemología constructivista.

¹² Vale la pena señalar que tanto Clausewitz como Engels advirtieron estas formas “irregulares” de guerra, tal como lo señala Bonavena (véase el cap. 1), pero en sus épocas constituían la excepción y no la regla. Cf. Clausewitz, Carl; *De la guerra*, Libro VI, cap. XXVI, y Engels, Friedrich; *Antidühring*, Carago, Buenos Aires, 1975, págs. 138 ss.

sos arquetípicos fueron los *maquis* franceses, los *partisanos* italianos y los guerrilleros soviéticos. Pero no son los únicos que desarrollaron formas irregulares de guerra; también Tito, en lo que después fue Yugoslavia (aunque sin apoyo de los aliados) desplegó formas irregulares contra el invasor nazi.¹³ Se trataba, en esencia, de aumentar la fricción del ejército alemán, esto es, de entorpecer su desenvolvimiento, generando una necesidad de mayor presencia de tropas para sostener la ocupación y, de esta manera, debilitar su poder de ataque en otros lugares y ganar tiempo para organizar la contraofensiva aliada. Lo que estaba fuera de los cálculos de los estrategas de los aliados fue que esas fuerzas —en principio secundarias y auxiliares— terminaran siendo las fuerzas principales de la derrota nazi tanto en Francia como en Italia y los Balcanes. (De hecho, la ocupación de los dos primeros países por fuerzas regulares solo fue a los efectos de ratificar lo que los *maquis* y *partisanos* habían logrado).¹⁴ Pero, terminado ese conflicto, la nueva forma de resistencia se expandió y cobró vida propia. Desde entonces, las fuerzas más débiles plantean formas irregulares de combate para enfrentar fuerzas más poderosas. En general, aunque no únicamente, este tipo de guerras tiene lugar en los conflictos bélicos intraestatales, en los que necesariamente es así, salvo por motivos excepcionales (que den lugar a que el ejército regular se parta y combata una parte contra la otra).

A partir de estos y otros ejemplos similares el ejército profesional comenzó a perder el monopolio de la violencia a gran escala, constituyendo este rasgo, justamente, una de las características del fenómeno que estudiamos. Hay autores que directamente lo señalan como la pérdida de centralidad del Estado, pero nos parece un poco arriesgada esa hipótesis. Preferimos la cautela de indicar al ejército, como agente efectivo de aplicación de la violencia, desplazado de ese sitio monopólico. Mao Tse Tung le dio un lugar teórico a parte de estas prácticas, reflexionando sobre la asimetría.¹⁵ Sierra Maestra volvió a confirmar la viabilidad de estas prácticas y la vulnerabilidad de los ejércitos profesionales frente a formaciones “irregulares”. Cada vez más aparecieron conflictos bélicos en los cuales los ejércitos profesionales se enfrentaron con formaciones que provisoriamente llamamos “irregulares”. Por las características propias de este tipo de conflicto, estos suelen prolongarse en el tiempo,¹⁶ en cualquiera de sus manifestaciones: guerra de guerrillas insurgente, terrorismo o guerras de resistencia/liberación nacional. Desde entonces no cesaron de multiplicarse los ejemplos, victoriosos o no, que llevaron a reflexionar sobre éstos de manera teórica.

Desde la décadas del '50 —particularmente la del '60— fueron pródigas en guerras “de liberación nacional”; poblaciones coloniales que se levantaban en armas contra sus hasta entonces colonizadores con el propósito de independizarse y constituirse en naciones. África ha sido el continente con mayor cantidad de estos conflictos, pero no fue el único. En el caso de este continente, de sus actuales cincuenta y tres países formalmente independientes, seis de ellos (el 11 %) se independizaron en la década del

¹³ La base de la doctrina yugoslava se asienta en esta experiencia. Cf. Vukotic, Aleksandar (Gral); *Doctrina militar yugoslava de defensa popular total*, Rioplatense, Buenos Aires, 1973.

¹⁴ No es menor el hecho de que los estadounidenses no pudieron capturar a Mussolini, como era su intención, pues se lo birlaron los *partisanos*, quienes lo ejecutaron.

¹⁵ Cf. Mao Tse-tung; “Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria en China”, en *Selección de escritos militares*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1972.

¹⁶ Básicamente hay dos caminos en este tipo de conflictos, desde la teoría insurgente clásica: la insurrección y la guerra popular prolongada. El primero de ellos es una rareza histórica. Veremos más adelante que también esto ha sido o está siendo superado por las prácticas actuales.

'50; treinta y uno (el 58 %), en la del '60; y nueve (el 17 %), en la del '70. En casi todos los casos la independencia se logró por medio o con apoyo de movimientos armados. En gran medida, este fue uno de los escenarios predilectos para el desarrollo “caliente” de la “guerra fría”, ya que las dos superpotencias (Estados Unidos y la Unión Soviética) se disputaban el territorio apoyando o socavando fracciones y gobiernos. África fue el laboratorio mudo de este tipo de confrontaciones que unas décadas después se han esparcido por doquier, y que siguen instaladas en el continente.¹⁷

Como puede suponerse, este tipo de confrontaciones bélicas rompe el modelo de la guerra clásica. Particularmente porque no se enfrentan, en ellas, dos Estados nacionales por medio de ejércitos regulares. No podía ser así, dado que lo que se buscaba era, justamente, formar un Estado nacional en cada uno de los territorios en que se libraran los enfrentamientos. Derivado de ello, estas guerras se caracterizaron por el involucramiento de la población civil, tanto como combatientes como siendo objetivos de las fuerzas adversarias. Allí donde no hay uniformes ni tropas especializadas, cesan las convenciones, en el sentido amplio del término. No solo las reglamentaciones internacionales, sino principalmente las bases del cálculo que cualquier estrategia pudiera realizar en función de parámetros de actuación de ejércitos regulares. No obstante, el involucramiento de las naciones más desarrolladas en estos conflictos —como Argelia en el caso de Francia y Vietnam (Asia) en el caso de Estados Unidos— llevó de a poco el interés de los estrategas a pensar este tipo de enfrentamientos. Pero las formas desplegadas en ellos se difuminaron por todo el planeta. Así, en los '60 y '70 invadieron América Latina y se extendieron por Asia y Oceanía. Y entonces sí las potencias comenzaron a pensar de lleno en este nuevo fenómeno, que ya estaba instalándose de manera preponderante. La mayor parte de los conflictos armados comenzaron a tener estas características.

Comenzando a pensar

Como dijimos anteriormente, a la acción sucede la reflexión. De este modo lentamente comenzaron a ser pensado este tipo de enfrentamientos, en principio catalogados de “menores”, en el sentido de “domésticos”. Una manera una tanto tosca, vista desde hoy, es la concepción de la guerra sublimitada. Esta noción es una derivación de la de guerra limitada, entendiéndose por tal aquella que contiene restricciones (sean éstas políticas, técnicas, o las que fueren) autoimpuestas, es decir, aquellas que se desarrollan por debajo del umbral que pudiese alcanzarse si se cediese a la máxima clausewitziana del “ascenso a los extremos”. Esta idea surge a partir de la existencia de arsenales nucleares. La renuncia al uso de armas nucleares por parte de una nación poseedora de ellas suponía un límite autoimpuesto.¹⁸ De esta concepción de guerra limitada (reservada para las

¹⁷ Cf. “Guerras en África”, en este mismo volumen.

¹⁸ Esto se dio, por ejemplo, en la guerra de Corea, en la que los generales MacArthur y LeMay, propugnaron por el bombardeo atómico a Corea del Norte, lo que no fue autorizado por el gobierno. Cf. Cumings, Bruce; “El delirio atómico de MacArthur y LeMay. Memorias que queman”, en *Le Monde Diplomatique*, N° 66, diciembre de 2004. Tal autolimitación no debe atribuirse a cuestiones humanitarias, sino a problemas geopolíticos. En el marco del acuerdo de Yalta, utilizar armas nucleares implicaba desatar una escalada atómica de fines presuntamente catastróficos para la humanidad, y en particular para las potencias contendientes.

conflagraciones tradicionales) se deriva la de guerra sublimitada, aplicable a los conflictos bélicos entre fuerzas estatales y no estatales.¹⁹ El prefijo “sub” indica el carácter más doméstico de la contienda. De todas las concepciones que analizamos es la más precaria, por cuanto intenta aplicar el andamiaje conceptual convencional, solo que adecuándolo en escala, como si se tratara de guerras “menores” pero esencialmente iguales.²⁰

En atención a la diferencia de estas guerras con las tradicionales, se las ha llamado también “guerras irregulares”.²¹ Denominar a estos conflictos “irregulares” es, como mínimo, paradójico, por cuanto corresponde a la mayor parte de los conflictos bélicos librados desde la segunda guerra mundial hasta nuestros días. Por esa sencilla razón —que no es meramente estadística pues supone un cambio cualitativo—, ha pasado a constituirse en la forma “regular” de guerra, aunque no se adapte a los parámetros de lo históricamente —desde la modernidad— considerado como guerra regular.

La contrainsurgencia, por su parte, constituyó una práctica más que una doctrina. La “doctrina” contrainsurgente básicamente introduce elementos de la práctica insurgente en el desenvolvimiento de las tropas regulares. En tanto no atiende a la no polaridad de la relación, su intento de racionalizar la práctica contenía un vicio de origen: no es polar la relación por cuanto las fuerzas insurgentes no son asimilables a una tropa regular con tácticas particulares, sino que aquellas tienen un profundo involucramiento ideológico con su lucha, sea éste político-social, de identidad étnico-nacional, religioso —o combinaciones de ellos—, esto es, parten de una convicción basada en un conocimiento de una situación y/o una creencia íntimamente arraigada; mientras que las tropas regulares, por el contrario, pueden apelar a la demonización del enemigo —en el mejor de los casos—, al que odian tanto como temen, ya que tal demonización deviene de su creencia en la autoridad que les inculca tal sentimiento, o bien al genérico sentimiento de defensa de una cultura o nación; o directamente a la obediencia a sus mandos —en el peor de los casos—. En tal diferencia de fuerza moral radica la diferencia táctica, y no en cuestiones técnicas (la táctica es la resultante entre la fuerza moral y las posibilidades técnicas). Los planteos contrainsurgentes carecieron de esta contemplación y redujeron su mirada de la cuestión táctica a la técnica. Por ello sus defectos aparecieron también en ese nivel: lo que la insurgencia no hacía, ellos se vieron obligados a realizarlo para alcanzar el equilibrio táctico; ese es el origen de los tormentos sistemáticos a prisioneros, las erradicaciones de poblaciones, en fin, el terrorismo como sistema. Pero, si bien no logró constituir un cuerpo teórico acabado, tuvo el poder de enunciar claramente principios realistas —entendiendo por esto que estaban apegados a sus prácticas—, superando prejuicios morales. De tal manera, reconoce descarnadamente la necesidad (contrainsurgente) de la relativa invisibilidad de su acción —la clandestinidad o semi-clandestinidad—, la aplicación de tormentos a los prisioneros, así como la desaparición de los mismos.²² Toma en consideración elementos de la teoría de Mao Tse-tung: busca

¹⁹ Cf. Hasenbalg, Rodolfo; “Guerra limitada y escalada” y Bettolli, José Luis; “Guerra sublimitada y terrorismo internacional”, ambos en Gamba, Virginia y Ricci, María Susana (comps.); *Ensayos de estrategia*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1986.

²⁰ En alguna medida esta concepción estaría tributando a la tradición, desde Clausewitz en adelante, de distinguir las “grandes” guerras de las “pequeñas” guerras (guerra de guerrillas la mayoría de las veces). Actualmente ha caído en desuso esta denominación.

²¹ El adjetivo “irregular” se ha utilizado de manera ambigua, sirviendo tanto para designar este tipo particular de conflictos como a una de las fuerzas participantes en el mismo (la fuerza no estatal). Así, la mención de “irregulares” se refiere a los insurgentes, pero también a los conflictos no tradicionales.

²² Véase más adelante.

distanciar, en primera instancia, a la insurgencia de su base social y política para progresivamente aislarla. “Quitarle el agua al pez” es un aforismo de raíz maoísta tomado por el pensamiento contrainsurgente. En el terreno táctico elucubró la idea de la “mancha de aceite”, que es la extensión progresiva de las áreas de control aislando a la insurgencia, separándola de su contexto de existencia. El pensamiento contrainsurgente, que se encuentra en un nivel asimilable al de la técnica, aunque con esfuerzos teóricos, fue desarrollado primariamente por los franceses, a partir de sus experiencias en Indochina y —sobre todo— Argelia. La escuela francesa se exportó luego a Estados Unidos y América Latina, región ésta donde tuvo su mayor desarrollo.²³

Un intento más sistemático —que sigue hasta el presente y que sin dudas se ha popularizado y vulgarizado— es el formulado bajo la denominación de “guerras de baja intensidad” o “conflictos de baja intensidad”.²⁴ La denominación ambigua refleja, en parte, las dificultades de esta mirada para precisar su objeto. De manera general, con esta denominación se designan los conflictos que no se dan entre Estados nacionales (guerras convencionales). Es el primer tramo del “espectro de guerra” concebido por el Pentágono: el de las contiendas desarrolladas por fuerzas no estatales,²⁵ las que, directa o indirectamente, amenazan la seguridad o cuestionan la hegemonía estadounidense en el área de que se trate. La intervención en estos conflictos tiene tres características básicas: a) su naturaleza es tanto política como militar;²⁶ b) la misma transita entre la clandestinidad y la acción abierta; por último, c) no se desarrolla en un territorio determinado, de allí que se la designe como “guerra de fronteras imprecisas”. Según Klare y Kornbluh, “se trata de una doctrina cuyo objetivo esencial es el de combatir la revolución”.²⁷ La complejidad que abarca este concepto queda explícita en el amplio abanico de operaciones que comprende, a los que se los clasifica en seis tipos:

1. *Defensa interna en el extranjero*: es la curiosa forma en que denominan a las acciones desarrolladas por Estados Unidos para sostener gobiernos aliados que enfrentan grupos insurgentes. (El caso de la guerra de Vietnam es el ejemplo más acabado, aunque no el único).
2. *Proinsurgencia*: se trata del apoyo material (con equipo y/o instructores) a los grupos insurgentes contrarrevolucionarios en países del Tercer Mundo. (Tanto en Afganistán, durante la ocupación soviética, como en Nicaragua bajo el gobierno sandinista).

²³ Cf. García Fanlo, Luis; “Las formas de la guerra y el conflicto de baja intensidad en Guatemala (1960–1996)”, en este mismo volumen.

²⁴ Su enunciación fue hecha en el *Field Manual 100–20*.

²⁵ La intensidad se clasifica de la siguiente manera: contiendas “irregulares” son de *baja* intensidad; conflictos regionales con uso de armas convencionales modernas, son de *media* intensidad; conflagraciones globales o con uso de armas nucleares, son de *alta* intensidad. Cf. Klare, M. y Kornbluh, P.; “El nuevo intervencionismo: la guerra de baja intensidad”, en Klare, M. y Kornbluh, P.; *op. cit.*, pág. 15.

²⁶ Esto no equivale a reconocer el control político de lo militar, sobre lo que ya hablaba Clausewitz, sino a que se debe intervenir simultáneamente de las dos maneras. Dicho en otros términos, más que una guerra, se trata de una política explícitamente armada. (Toda política es armada, aunque sea en forma implícita. Cf. Jacoby, Roberto; *El asalto al cielo*, cap. VIII, en <http://ar.geocities.com/sociologiadela guerra/textos/Jacoby.html>).

²⁷ Klare, M. y Kornbluh, P.; *op. cit.*, pág. 16.

3. *Operaciones contingentes en tiempos de paz*: bajo este rótulo se inscriben las acciones militares puntuales para fortalecer la política exterior estadounidense, como lo son las maniobras de proyección de poder (amenazas), ataques punitivos,²⁸ u operativos de rescate de prisioneros. (Fue el caso de la ocupación de Granada, en 1983).
4. *Antiterrorismo*: en realidad se distinguen, en su interior, dos tipos de medidas; las propiamente antiterroristas (medidas defensivas, para prevenir ataques) de las contraterroristas (medidas ofensivas para combatir “terroristas”).²⁹
5. *Operativos antidrogas*: es el nombre que recibe el uso de recursos militares para destruir las fuentes de producción y distribución de estupefacientes fuera de los Estados Unidos.³⁰ (Son los casos de Colombia y de Bolivia).
6. *Acciones pacificadoras*: “el uso de las fuerzas estadounidenses (a menudo bajo auspicios internacionales), con objeto de supervisar la ejecución de los acuerdos relativos al cese de hostilidades, o de establecer una valla entre los ejércitos rivales.”³¹ (En esta categoría entran la intervención en Somalia y la acción multinacional en Kosovo).

Tal diversidad de marcos operativos evidencia que nuevamente estamos frente a una doctrina (entendida como una serie de preceptos) y no de una teoría (conjunto coherente de enunciados que dan cuenta de la naturaleza de un fenómeno). Como doctrina que es queda restringida a la posición de su enunciante (EE.UU.), siendo esto lo inverso de una teoría, cuyo carácter es universal. De hecho, “la doctrina de la GBI es notable por su fuerte contenido ideológico”,³² orientado a proteger los intereses de la burguesía estadounidense en el Tercer Mundo.³³ Aunque lo dicho sea suficiente para descartarla como reflexión sobre la nueva naturaleza bélica, contiene apreciaciones que merecen ser consideraras. Abordaremos tres aspectos de esta doctrina; su avance en la toma de conciencia sobre las nuevas modalidades bélicas respecto de la doctrina contrainsurgente; la

²⁸ Como reconoce S. Goose, las maniobras “de «proyección de poder» constituyen básicamente un eufemismo para denominar la intervención en el Tercer Mundo”. Goose, Stephen, “Guerra de baja intensidad: sus armas y soldados”, en Klare, M. y Kornbluh, P.; *op. cit.*, p. 133. Los “ataques punitivos” son las represalias militares, como los bombardeos efectuados a la capital de Libia, intentando asesinar a Khadafi en 1986.

²⁹ Este capítulo cobró otra entidad después del 11 de septiembre de 2001, pasando en ocasiones a constituir guerras de media intensidad (caso Afganistán o Irak).

³⁰ Según el especialista chileno Raúl Sohr, “al situar el problema de la droga en el mismo nivel que la opción política de sectores de la población [se] tiende a confundir a los auditores”. Sohr, Raúl; *Para entender la guerra*, Alianza, México D.F., 1990, pág. 42. Sin embargo, puede observarse que tras el mismo se cobija una política intervencionista directa, como ocurrió con los Rangers en Bolivia o en Panamá, donde fue la excusa para instalar un presidente pronorteamericano en vísperas del traspaso del Canal al Estado panameño.

³¹ Klare, M.; “El ímpetu intervencionista: la doctrina militar estadounidense de la guerra de baja intensidad”, en Klare, M. y Kornbluh, P.; *Contrainsurgencia, proinsurgencia y antiterrorismo en los '80. El arte de la guerra de baja intensidad*, Grijalbo, México D.F., 1988, p. 72.

³² *Op. cit.*, pág. 68.

³³ *Op. cit.*, pág. 69.

fuerte presencia en este marco doctrinario de la cuestión política; y la contradicción insalvable que contiene la misma.

Desarrolla contenidos que aparecieron con el pensamiento contrainsurgente (vale remarcar que la GBI al incorporar aquella junto a la proinsurgencia es, en términos constructivistas, un estadio superior de pensamiento). En tal sentido, reconoce que “la GBI es una lucha político-militar limitada con fines políticos, sociales, económicos o psicológicos [...] e incluye desde las presiones diplomáticas, económicas y psicosociales hasta el terrorismo y la insurgencia”.³⁴ Asimismo justifica su actividad por fuera de las convenciones tradicionales, al sostener que “la revolución y la contrarrevolución desarrollan su propia concepción ética y moral, la cual justifica el uso de cualquier medio para acceder a la victoria. La supervivencia se convierte en el criterio definitivo de moral.”³⁵ Más allá de la falacia de equiparar los bandos revolucionarios con los contrarrevolucionarios, de esta manera se enuncia un nuevo marco doctrinario en el que no cabe pensar en términos de “errores”, “excesos”, etc., ya que trasvasa los límites jurídicos.

Por otra parte, el carácter político-militar de este tipo de intervenciones, que surge de caracterizar estos conflictos como contiendas políticas desarrolladas militarmente —en tal sentido recupera lo más acabado del pensamiento de Clausewitz—, los lleva a centrar su acción no en lo militar, sino que éste es un instrumento junto a otros, con el objetivo fundamental de “ganar mentes y corazones”, es decir, despertar adhesiones políticas y de simpatía en general. Para ello hay tres cuestiones básicas: las acciones cívico-militares; el control de la información y la inteligencia.

Las primeras son acciones propagandísticas que buscan general confianza de la población hacia el ejército. Las hay de diferentes tipos: operaciones frente a catástrofes naturales, desarrollos de proyectos sociales, instalación de infraestructura. Puede ir acompañada de acciones punitivas hacia la población que colabora con los insurgentes o que se abstiene de colaborar con el ejército.³⁶ De esta manera se intenta, además, hacer cesar las condiciones de emergencia y existencia de la insurgencia. Parte constitutiva de estas acciones son las “operaciones psicológicas” (*psychological operations*, PSYOP), que nos remiten de lleno al segundo asunto que plantea la doctrina de la GBI: el control de la información. No se trata solo de censura (acción negativa) sino también y fundamentalmente de “reinventar” la realidad (acción positiva). La difamación del enemigo, la lisa y llana mentira, el uso del rumor, la interpretación arbitraria de los hechos, son recursos corrientes. Dado que la población sobre la que se opera es la misma base de la información, esto suele traer todo tipo de problemas, y su irresolución puede tornar contraproducentes las PSYOP.³⁷ De allí que la inteligencia —tercer cuestión— se torne crítica en estos escenarios. En razón de ello los aparatos de inteligencia suelen tener “manos

³⁴ TRADOC; *U.S. Army Operational concept for Low Intensity Conflict*, panfleto 525-44, Fort Monroe, Virginia, 1986, pág. 2.

³⁵ Sarkesian, Sam; “Low-Intensity Conflict: Concepts, Principles and Policy Guidelines”, en *Air University Review*, volumen 26, número 2, 1985, pág. 11.

³⁶ En nuestro país podemos citar dos grandes acciones cívico-militares: el “operativo Dorrego”, llevado a cabo entre la JP (Regionales) y el ejército, en 1973 (cf. “Culmina el «Operativo Dorrego»”, en *El Descamisado* N° 24, 30/10/73), y el “operativo Independencia”, en Tucumán. En primero fue de desarrollo; el segundo fue básicamente represivo. Fuertemente ilustrativo es el caso de Guatemala (Cf. Fanlo, Luis, *op. cit.*).

³⁷ Cf. Siegel, Adam; “Los desafíos a la inteligencia en operaciones cívico-militares”, en *Military Review*, julio-agosto de 2002, págs. 32 ss.

libres” para su acción, que es recoger, evaluar y analizar la información, por una parte, a la vez que distraer y desorientar al enemigo e impedir que acceda a información propia (contrainteligencia). Para dichos menesteres se dota a este cuerpo de estructuras flexibles (los mandos y las responsabilidades son relativas, existiendo un alto grado de iniciativa propia y un importante grado de impunidad operativa), con recursos casi ilimitados (económicos, tecnológicos y de inmunidad legal). Pero tal centralidad de la inteligencia se constituye, en el mediano o largo plazo, en el talón de Aquiles de esta doctrina.³⁸ Y aquí llegamos al tercer punto que queremos analizar: la contradicción insalvable que esta doctrina contiene.

Dos son los aspectos en que emerge esta contradicción. En tanto la dependencia de la inteligencia es mayor que en otro tipo de conflictos y, en consecuencia, su importancia es primordial, cualquier error de inteligencia puede llevar a resultados catastróficos. Y en inteligencia la línea que separa el error del acierto es tan delgada que en ocasiones no existe. Las situaciones sociales son complejas y su grado de previsibilidad es bajo. A fin de aumentar dicha previsibilidad se dota al aparato de inteligencia de recursos y autonomía, pero —decíamos— allí está su punto débil, por cuanto pueden acontecer dos tipos de situaciones: ante una circunstancia adversa, el aparato de inteligencia puede tender a minimizar su importancia a los efectos de no dejar en evidencia sus propias limitaciones. En este contexto, las acciones tendientes a cambiar la situación pueden tomarse demasiado tarde. Pero puede suceder exactamente lo contrario; que en un ambiente relativamente calmo la inteligencia sobrevalore los conflictos para mantener ella misma su importancia (y recursos); esto puede llevar a tomar medidas inadecuadas de represión que terminen generando situaciones que escapen a todo control. Es decir que por defecto o por exceso, la inteligencia puede conducir a un régimen a su ocaso. Como la inteligencia carece de controles más o menos eficaces (debido a su estructura flexible) no hay forma de regular su actividad ni corroborar su grado de eficacia, sino hasta que la situación pasó. El segundo aspecto contradictorio es que la GBI propugna la transformación de las condiciones sociales, económicas y políticas que llevaron a la emergencia de grupos insurgentes. Pero, si ello fuera posible, sencillamente los grupos insurgente no existirían. Como sostenía un comandante del salvadoreño Frente Farabundo Martí: “¿Cómo pueden ganarse «corazones y mentes» desplazando a miles de personas de sus hogares? [...] No puede satisfacer las reales aspiraciones del pueblo, pues es una doctrina al servicio de la clase dominante y no de los oprimidos.”³⁹

Puede resultar llamativo, pero lo cierto es que los críticos de esta doctrina no critican estas flaquezas, sino que “inventan” otras; enfatizan el carácter vago de la expresión “baja intensidad”, suponiendo —en realidad la doctrina no lo dice— que un uso medido la fuerza en el conflicto debe producir pocas bajas. Tomando como cierta esta acepción, demuestran que algunos de estos conflictos produjeron muchas más bajas que conflictos armados convencionales.⁴⁰ Proponen, en sustitución de esto, la noción de

³⁸ En honor al rigor hay que decir que en este punto, la doctrina de la centralidad de la inteligencia está puesta en la realidad y la GBI la recoge, solo que no la problematiza y, en consecuencia, deja irresueltos los problemas que tal centralidad tiene en la práctica.

³⁹ Citado por Sohr, Raúl; *Para entender la guerra*, Alianza, México D.F., 1990, pág. 50.

⁴⁰ Bartolomé afirma que los conflictos intraestatales producen, desde 1945, más bajas que los interestatales (tradicionales) (cf. Bartolomé, Mariano, “El desafío de los conflictos intraestatales asimétricos en la post guerra fría”, en *Argentina global* N° 4, enero-marzo de 2001); pero la tendencia es a la disminución global de las bajas: contra los 70 millones de muertos en las dos guerras mundiales, desde la finalización de éstas hasta 1990 se produjeron alrededor de 20 a 25 millones de muertos, y desde 1990 a 2003, tres millones de muertos (cf. Chahab, Martín; “La tendencia de los conflictos armados”, Centro Argentino de Es-

“asimetría”, pensando las nuevas formas preponderantes de guerras, como “guerras asimétricas”. Con ésta noción dan cuenta de la morfología de la guerra predominante actualmente. Enfatizan, según las versiones de la asimetría, la disparidad técnico-militar, la diferente motivación para el combate (asimetría moral)⁴¹ o bien la no cooperación estratégica.⁴² Pero, tal como sostiene Bonavena, este planteo no constituye, medularmente, ninguna novedad; es un viejo tema, un viejo problema, presente ya en la obra de autores clásicos como Clausewitz y Engels, sin que actualmente se haya agregado una pizca de teoría, aunque sí mucha información.

Otro enfoque es el “generacional”. Hay quienes postulan sucesivas “generaciones” de guerra, entendiendo por tal una matriz morfológica, partiendo de la paz de Westfalia (1648),⁴³ tomada como mojón de la historia militar moderna. De acuerdo a Lind⁴⁴ esta sucesión de generaciones sería la siguiente:

1. *Primera generación.* El Estado toma el monopolio de la guerra. En lo técnico, se trata de la guerra de táctica de líneas y columnas. Esto ordenaba el campo de batalla, perfectamente delimitado. Esta generación, finalizada hacia mediados del siglo XIX, engendró el orden cerrado, que es la cultura militar de minuciosa disciplina. Los ejércitos de masas, dotados de nuevos armamentos, hicieron de ese orden de batalla un planteo suicida.
2. *Segunda generación.* Se basa en la potencia de fuego en masa, particularmente el de artillería. Puede describirse en los siguientes términos: ablandar con la artillería y ocupar con infantería. De esta manera se podía preservar el orden interno de la tropa (herencia de la primera generación) sin caer en el desorden de la batalla abierta de infantería. La obediencia se impone por sobre la iniciativa y el orden jerárquico se debe respetar estrictamente. Esta generación se pone en evidencia en la Primera Guerra Mundial, pero sigue estando presente (este fue el esquema básico de las guerras de Kosovo, Irak, Afganistán), solo que con preponderancia de la aviación por sobre la artillería.
3. *Tercera generación.* Esta forma se basa no en la potencia de fuego, sino en la velocidad, en la sorpresa. Los alemanes la utilizaron con la *blitzkrieg* (guerra relámpago). Se busca penetrar rápidamente la retaguardia enemiga y derrotarlo atacando desde la retaguardia hacia el frente, es decir, dislocando su centro neurálgico, cortando sus líneas de mando y de abastecimiento. En esta generación importan los resultados por sobre el

tudios Internacionales —CAECI—, Programa Defensa y Seguridad, diciembre de 2005), de modo tal que la primera afirmación debe ser tomada con cuidado y puesta en relación con la expansión de los conflictos intraestatales más que con la “intensidad”.

⁴¹ Este problema se ve con claridad en las dificultades para el reclutamiento y el sostenimiento de las tropas en las fuerzas armadas de los países centrales. Véase Bonavena, P. y Nievas, F.; “La debilidad militar norteamericana”, en este mismo volumen.

⁴² Véase Bonavena, Pablo; “Reflexiones sobre la doctrina de la «guerra asimétrica»”, en este mismo volumen.

⁴³ Allí se sentaron las bases de los imperios europeos, luego de casi medio siglo de inestabilidad y guerras.

⁴⁴ William Lind fue quien primero usó esta expresión. Cf. Lind, William; “Comprendiendo la guerra de cuarta generación”, en *Military Review*, enero-febrero de 2005.

método, de allí que la iniciativa personal sea valorada por sobre la obediencia ciega. La base es la autodisciplina y no la disciplina jerárquicamente impuesta.

4. *Cuarta generación.* En este tipo de guerras el Estado pierde el monopolio de la guerra. La iniciativa y la descentralización tienen suma relevancia. Lind, evidentemente influenciado por S. Huntington, sostiene que la guerra de cuarta generación está signada por el conflicto intercultural. “Ahora nos hallamos enfrentando el más antiguo y firme adversario del mundo occidental cristiano: el Islam.” Dicho así, es poco menos que una barbaridad, en el sentido estricto del término (propio de un bárbaro).

Este modelo analítico describe formas de organización de la guerra, a muy grandes rasgos, y culmina —como todos— sosteniendo que la forma actual es diferente de las anteriores. Pero la diferencia no radica, ni mucho menos, en que ésta es principalmente “cultural”, en el sentido de religioso. Esto lo demuestra, entre otros, el conflicto de Kosovo. Serbia es un país de religión cristiana, y los Estados occidentales, a través de la ONU, estuvieron del lado de los musulmanes kosovares en contra de los serbios. Del mismo modo, en la región del Caspio, los Estados Unidos alientan los intereses de las guerrillas anti-rusas, de religión musulmana. Se trata de una buena periodización, pero con evidente falencia en la postulación de la última etapa.

Finalmente, un último intento —elaborado desde fuera de la esfera militar— es el de guerra en red —*netwar*—. Se trata de una idea todavía imprecisa, que se usa indistintamente para designar diferentes aspectos: desde ataques informáticos a operaciones psicológicas, por un lado,⁴⁵ a formas organizacionales interconectadas remotamente por medios virtuales.⁴⁶ Esta formulación propone un estimulante ejercicio, aún carente de precisiones y claridad, que a menudo hipostasia las nuevas tecnologías y pierde de vista el objeto de la reflexión, que es la guerra. Dado que el aporte proviene, en general, de especialistas en nuevas tecnologías de comunicación, esta reificación es relativamente esperable, pero no logra conformar aún un concepto que pueda ser utilizable. La mención al mismo es para enfatizar el problema conceptual, que convoca también a los no especialistas a pensar en este nuevo tipo de fenómenos.

Como se puede notar, no hay una conceptualización satisfactoria para designar el fenómeno de la guerra actualmente predominante. Propongo denominarlas de la forma más general, hasta tanto se pueda hacerlo con mayor precisión, como guerras “difusas”, no por que sean menos cruentas que las tradicionales, sino porque son más flexibles que aquellas. Es conveniente analizar en qué sentido se habla aquí de “flexibilidad”.

Parámetros para un esbozo teórico

Hemos reseñado las transformaciones operadas, y las principales aproximaciones conceptuales a dichos cambios. La propuesta de denominarlas “difusas” no es una cuestión

⁴⁵ Cf. “Cyberwar y netwar”, en http://www.rebellion.org/cultura/cyberwar_netwar080201.htm.

⁴⁶ Cf. de Ugarte, David; *11 M. Redes para ganar una guerra*, Icaria, Barcelona, 2004.

nominativa, sino que trata de conceptualizar de otra manera esta recurrente práctica humana. Para ganar en claridad expositiva, trazaremos los principales ejes de transformación de este fenómeno.

1. Los bandos que se enfrentan

Guerras nítidas

Se libra entre Estados nacionales, por parte de profesionales de la guerra organizados en Fuerzas Armadas estables, con entrenamiento acorde y equipos específicos. Aunque ya no se usa, debe mediar una declaración formal de guerra de un país a otro. La guerra, por tanto, es abierta, inequívoca

Guerras difusas

Se libra entre un Estado nacional y fuerzas no estatales. Las segundas no están compuestas por profesionales. Es importante subrayar que al menos uno de los bando es estatal o pretende tal representación y reconocimiento, aún allí donde, en los hechos, ha colapsado el Estado.⁴⁷

2. Espacialidad

Guerras nítidas

Por cuanto se establece entre Estados nacionales, la guerra se libra *en y por* un territorio definido. El control o la conquista de dicho territorio, con toda la complejidad que el mismo contiene es el motivo de la guerra. En las formas nítidas más antiguas se delimitaba el campo de batalla, y, más recientemente, el “teatro de operaciones”.

Guerras difusas

El espacio se difumina. El “teatro” puede ser cualquier parte del planeta, aunque en general se trata de regiones (que pueden abarcar a varios países). Pero, en tanto no necesariamente se lucha por un territorio. En gran medida (aunque no únicamente) la lucha es, como gusta decir a los estrategas de la GBI, por “mentes y corazones”, esto es, por la adhesión ideológica y emotiva por una causa (la “libertad”, la “democracia”, el “socialismo”, la “autodeterminación nacional”, etc.). En estos conflictos lo ideológico-político tiene un lugar central, más que en cualquier otro. Según un militar estadounidense “el único territorio por el que se debe luchar son los quince centímetros comprendidos entre las orejas del campesino”.⁴⁸

3. Temporalidad

⁴⁷ Véase el caso de Somalia, en Maañón, Mariana y Nievas, Flabián; “Guerras en África”, en este volumen.

⁴⁸ Waghelstein, discurso pronunciado el 17/1/85 en el American Enterprise Intitute, Washington D.C.; citado por Siegel, Daniel y Hackel, Joy; “El Salvador: la nueva visita de la contrainsurgencia”, en Klare, Michael y Korbluh, Peter; *op. cit.*, pág. 155.

Guerras nítidas

El procedimiento reglado para el inicio es la declaración forma de guerra (a cargo del Parlamento, allí donde este existe). La finalización se consagra con el armisticio o el tratado de paz. La duración es variable pero relativamente breve. Independientemente de su duración, se puede establecer claramente el inicio y el fin de la misma.

Guerras difusas

No hay inicio formal de las acciones de guerra; comienzan con escaramuzas, atentados, etc. La guerra permanece durante mucho tiempo encubierta, suele llamar a equívocos, pues no se puede denominar con precisión al fenómeno como guerra, de acuerdo a los viejos parámetros. La tendencia, cada vez más pronunciada, es a la larga duración, sin que haya precisiones sobre la finalización de un conflicto. Pueden pasar años entre una operación y otra en un determinado territorio. Los golpes son imprevistos y el conflicto tiende a ser transgeneracional.

4. Diseños estratégicos

Guerras nítidas

Las estrategias se desarrollan en función del combate decisivo. Todo el despliegue de tropas y las acciones bélicas desarrolladas tienden a un punto tempoespacial en el que se concentran las fuerzas para librar el combate que decide conflicto. Esta batalla decisiva no necesariamente es la última, ya que el derrotado intentará torcer la relación de fuerzas definida en ese combate y demorará en admitir su derrota, pero el decurso de los acontecimientos demostrará *ex post* que se trataba del combate decisivo.⁴⁹

Guerras difusas

Las estrategias contrapuestas no son concordantes. La fuerza no estatal no busca un combate decisivo; por el contrario, rehuye a él. Se propone desgastar a la fuerza estatal, debilitarla, aumentar la fricción de sus desplazamientos, hacer más costosa su permanencia en un territorio determinado.

5. La forma de decidir la victoria

Guerras nítidas

Lo que se decide en ese combate (y a partir de allí en los subsecuentes) es el aniquilamiento de la fuerza enemiga. Este aniquilamiento significa que la fuerza enemiga queda en posición de no poder seguir combatiendo. La derrota es primero

Guerras difusas

Ante la inexistencia de una fuerza estructurada, la fuerza estatal no se plantea el aniquilamiento del enemigo, sino su exterminio: matar o poner fuera de combate a todos y cada uno de los integrantes de la fuerza no estatal. Para ello delimita “cír-

⁴⁹ Cf. Mao Tse-tung; “El punto de viraje de la Segunda guerra mundial” (12 de octubre de 1942), en *Selección de escritos militares*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1972, págs.323 ss.

militar (no puede seguir combatiendo), y en segundo término política (aceptación de esa condición). Finalmente es una derrota moral (naturaliza el *statu quo* resultante). Aniquilar no significa, en consecuencia, matar a todos los enemigos, sino quitarle la capacidad de combate. En consecuencia, gana la guerra quien logra rendir al enemigo.

culos” concéntricos, diferenciando el “núcleo duro” de los “recuperables”. Los primeros son exterminados, los segundos quedan inhabilitados para el combate. No hay simetría en la resolución del conflicto: las fuerzas insurgentes ganan si no pierden, en tanto las fuerzas regulares, pierden si no ganan. En efecto, la principal meta de la fuerza no estatal es su perduración, en tanto la de la fuerza estatal es la eliminación de la fuerza insurgente. Esto fue teorizado por Mao Tsé-tung con su propuesta de “defensa estratégica”

6. Daños y bajas producidas

Guerras nítidas

En tanto se busca controlar o conquistar un territorio dado, la destrucción es controlada. Esto significa que se causará el máximo daño posible, con vistas a la rendición del enemigo, pero el menor daño posible, con vistas a hacer viable la utilización del territorio conquistado/controlado. Esto es aplicable también para el defensor. Cuando un país es atacado, su propio territorio es el que está en disputa. A partir de ese momento, ya no es “propio” en sentido pleno, sino que se encuentra en disputa. El defensor, en consecuencia, causará destrozos controlados (voladura de puentes, vías férreas, carreteras, en retirada) con vistas a la preservación final del mismo. En lo atinente a las bajas, éstas se concentran principalmente en el personal militar.

Guerras difusas

En la búsqueda por el exterminio, particularmente desde el lado de las fuerzas estatales, no se limita la destrucción ni los daños. Por el contrario, suelen destruirse poblados completos. Por la naturaleza del combatiente partisano, que no se distingue claramente del no combatiente, el blanco tiende a ser la población civil. Esta es una característica saliente de las guerras “difusas”. Se pueden ver múltiples ejemplos de ello, desde el ataque al Trade World Center al ataque a Fallujah, o a los territorios palestinos. Este tipo de ataques es reconocido incluso por las autoridades políticas.⁵⁰ Un tipo especial de bajas de estas guerras lo analizaremos más adelante.

7. Centro del esfuerzo bélico

Guerras nítidas

Para desarrollar este esfuerzo es de central importancia la logística: el abastecimiento

Guerras difusas

Dado que se lucha en escalas microscópicas, no es en la logística donde se pone el

⁵⁰ El vocero del embajador estadounidense en El Salvador dijo en diciembre de 1985 que “existe la creencia de que la persona que no porta armas no es combatiente; sin embargo, la relación de la guerrilla con las masas complica las cosas. En consecuencia, lamentablemente, en El Salvador es un hecho común que la población civil perezca en los bombardeos”. *Op. cit.*, pág. 175.

de la maquinaria de guerra, la que sin suministros resulta simplemente inservible. Los ejércitos estatales destinan la mayor parte del esfuerzo a la logística, tanto en cantidad de hombres como en capacidad económica.

principal esfuerzo, sino en la inteligencia. La producción del dato es determinante para el diseño de la acción y de la respuesta.

8. Armamento utilizado

Guerras nítidas

El armamento utilizado es específico, y del máximo poder de fuego posible. Se utilizan enormes maquinarias especialmente diseñadas para tal fin (cañones, aviones, tanques, barcos, submarinos, helicópteros, etc.), cuya finalidad siempre es causar el mayor daño posible en el enemigo. Se trata de equipos de muy elevado costo de producción y mantenimiento.

Guerras difusas

Las fuerzas no estatales utilizan armamento liviano y poco sofisticado (fusiles, lanzacohetes, bombas, etc.), de relativamente sencilla portación, ocultamiento y baratos, además de fácilmente asequibles en el mercado negro de armas.⁵¹ Aunque parezca paradójico, esto invalida la utilización de la mayor parte del arsenal de los ejércitos estatales. En efecto, ni los aviones supersónicos, ni los submarinos nucleares ni los portaaviones sirven para enfrentar las emboscadas y el combate cuerpo a cuerpo que proponen las fuerzas no estatales en este tipo de conflicto.

Hasta aquí las principales diferencias entre ambos modelos de guerra. No son los únicos. Otros autores mencionan distintos aspectos que tendrían como novedad este tipo de guerras —algunos hemos citado en las aproximaciones teóricas a las mismas— o mencionan otros que pueden asimilarse, pero que en realidad están pensados para contraponer el modelo de las fuerzas estatales con las no estatales.⁵²

El primer punto presentado es, quizás, el más visible de los cambios operados. Claramente hay una tendencia a la aparición de bandos no estatales en las nuevas conflagraciones. Esto ha llevado a que se postule el ocaso del Estado, por su pérdida del monopolio de la violencia. En esto preferimos ser cautos, y hablar de pérdida del monopolio de la violencia por parte de las Fuerzas Armadas, ya que es menos claro que el Estado —que ciertamente está redefiniéndose— sea el que pierde tal monopolio. La irrupción de las compañías militares privadas, contratadas por los Estados, muestran un matiz importante. En estos casos estaríamos frente a una terciarización estatal de parte de su ejercicio de la violencia, no frente a su pérdida. Por otra parte, la mayoría las fraccio-

⁵¹ En ocasiones se habla de armas baratas, pero este atributo no es exhaustivo para calificar el armamento utilizado. Es cierto que todas las armas que se utilizan son de bajo costo, pero no todo armamento de bajo costo es utilizado. Se ha especulado mucho con el uso potencial de armas químicas y/o biológicas por parte de insurgentes, pero lo cierto es que su uso se ha dado, hasta el momento —casi sin excepciones— por parte de ejércitos regulares (Alemania en la primera Guerra Mundial, Irak-Iran, etc.).

⁵² White, Jeffrey; “Algunas reflexiones acerca de la guerra irregular”, en *Military Review*, septiembre-octubre de 2003, pág. 20.

nes no estatales que beligeran, lo hacen con pretensión de representación estatal (sea de una disputa por el control del Estado, o secesionista, para la creación de uno nuevo).⁵³ El Estado, como forma, sigue operando como fondo de las guerras. No hay, hasta el momento, evidencia de control territorial directamente por las corporaciones. Aún los Estados “fallidos” son mascaradas *necesarias* para el ordenamiento internacional.

Esto nos deposita directamente en el segundo punto tratado, que es el del espacio. En las nuevas guerras vemos que es un concepto que está en plena redefinición. En lo específico del fenómeno de la guerra, el espacio se ha dislocado. En los casos más desarrollados encontramos una ilimitación territorial para las acciones. Esto no significa que se desarrollen en *cualquier* lugar, sino que el mapa que se traza no es el de los Estados nacionales —a los que estamos acostumbrados— sino que se desarrolla en una geografía distinta, pero no por ello enigmática. Hace ya tres décadas Yves Lacoste postulaba una geografía de los “Estados mayores” económico y militar.⁵⁴ Esta mirada anticipatoria nos permite organizar los espacios de una manera distinta a la tradicional, forjando mapas en los que se entrelazan los Estados nacionales y las corporaciones. Los escenarios de conflicto siguen, justamente, estos trazados. Careciendo de las nuevas coordenadas, es lógico que se encuentre uno perplejo frente a estos nuevos fenómenos.⁵⁵

Indisociablemente unido a la espacialidad, en nuestra cultura, está la temporalidad. La difuminación de una lleva a la licuación de la otra. Apuntábamos antes que no es posible establecer con precisión los puntos de inicio y finalización de las guerras difusas.⁵⁶ Esta virtual latencia ha llevado a algunos a pensar que tales conflictos son inveterados, recurriendo al rápido trámite del racismo —se intentan explicar, en efecto, por cuestiones étnicas o culturales— eternizando, en el análisis, conflictos cuya historicidad es preciso estudiar y es posible delimitar. Ciertamente es que deben tomarse parámetros temporales distintos a los corrientes en occidente, de más larga duración, posiblemente transgeneracionales. Se ha dicho que Ho Chi Minh inauguró la “estrategia sin tiempo”,⁵⁷ lo que pone de relieve la incomprensión de esta nueva temporalidad, quizás más próxima a la concepción oriental del tiempo que a la nuestra. Lo que sí es cierto es que se desarticulan las formas tradicionales de estrategia, lo que nos conduce al tratamiento de esta otra variación.

Desde la irrupción del Estado nacional y las tropas regulares, la estrategia fue la ciencia de desplegar en el tiempo y el espacio las fuerzas, con vistas a su concentración en un punto determinado para buscar el combate decisivo. Para que tal pretensión tenga

⁵³ No sería el caso de al-Qaeda, pero sí, por ejemplo, de Hezbollah, los rebeldes chechenos, Hamas, los distintos grupos insurgentes africanos, etc.

⁵⁴ Cf. Lacoste, Yves; *La geografía: un arma para la guerra*, Anagrama, Barcelona, 1977.

⁵⁵ Resulta sorprendente la falta de un conocimiento espacial sistemático en la formación de los sociólogos, al menos en Argentina. El espacio es tratado acríticamente, como “lo que está”, sin ninguna reflexión —ni, obviamente, investigación— sobre cómo se arribó a ello. Un intento de reflexión sobre este problema puede verse en Nievas, Flabián; “Hacia una aproximación crítica a la noción de «territorio»”, en *Nuevo Espacio. Revista de sociología*, N° 1, FSOC-UBA, Buenos Aires, 1994.

⁵⁶ Así, por ejemplo, “en los cuatro conflictos [separatistas principales del Cáucaso], los armisticios actuales son consecuencia del agotamiento de los combatientes, antes que del éxito de las iniciativas de mediación; se trata esencialmente de conflictos congelados, pero no resueltos políticamente, y bien podrían volver a inflamarse en el futuro.” Lapidus; “Conflict Resolution in the Caucasus”, citado por Klare, Michael; *Guerras por los recursos*, Urano, Barcelona, 2003, pág. 305.

⁵⁷ Cf. Marini, Alberto; *Estrategia sin tiempo. La guerra subversiva y revolucionaria*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1971.

alguna viabilidad es necesario que tanto el tiempo como el espacio estén acotados. En la medida que se amplían estas escalas, las indeterminaciones, siempre importantes en la guerra, tornan incalculable el fenómeno, incapacitando toda pretensión estratégica. Perdidos en esta nueva temporalidad, hay quienes suponen que no hay una lógica “externa” a la guerra —que Clausewitz localizaba en la política, de la cual la guerra era su extensión— sino que las guerras tendrían una lógica propia: se autoalimentarían, “ardiendo lenta y prolongadamente.”⁵⁸ Esta apreciación surge de la supuesta “atemporalidad” del fenómeno. La permanencia en el tiempo las ahistoriza para la mirada convencional, dejando de percibir las lógicas que subyacen a la guerra y poniéndolas dentro de la contienda misma. Como derivado de esto, se encuentran explicaciones endógenas que difícilmente puedan dar cuenta de las condiciones de inicio que en algún punto existieron. El hecho de que aún no hayan finalizado —nos referimos a las guerras más crónicas— no puede llevar a pensar que las mismas nunca finalizarán. En todo caso, se deberán observar cuáles son las estrategias que objetivamente se van desplegando en el tiempo, a fin de estudiar las nuevas formas estratégicas que surgen en este tipo de conflagraciones, las que seguramente difieren de las tradicionales.

Ante la inexistencia de una batalla decisiva, es menester encontrar los nuevos puntos decisorios en estas contiendas. La modalidad de las fuerzas no estatales de roer al enemigo, la relativa “invisibilidad” de sus combatientes, la imprevisibilidad de sus golpes, llevan a la fuerza estatal a una situación en la que, si no vencen exterminando a la fuerza no estatal, ésta persiste y dificulta, con su permanencia en el tiempo, la acción de las fuerzas estatales, cada vez menos legitimadas. A mayor paso del tiempo, mayor pérdida de legitimidad para la fuerza estatal, mientras que la insurgencia gana legitimidad con el desgaste de su enemigo. Agudamente observa Münkler que actualmente las fuerzas insurgentes no se plantean la defensa estratégica como un momento de la guerra, tal como lo postulaba Mao Tse-tung,⁵⁹ sino que es la forma perpetua de desarrollo,⁶⁰ buscando la retirada de la fuerza estatal —si es extranjera— o su colapso —si es nacional—. La fuerza regular, por su parte, intenta exterminar al enemigo, ya que no hay posibilidades de aniquilarlo; dada la amalgama entre combatientes y no combatientes —y la imposibilidad de exterminar a una nación completa— el exterminio del enemigo es la situación más semejante, en estas guerras, a la del aniquilamiento en las guerras interestatales.

Esto nos conduce al tratamiento de una situación singular, que es la de los daños y las bajas producidas. En las guerras difusas la destrucción de la infraestructura suele ser mucho mayor que en las guerras convencionales. Muchos son los motivos que coadyuvan a este resultado: la no distinción entre combatientes y no combatientes, el ambiente predominantemente urbano de los combates, la fiereza de los combates cuando son guerras intraestatales, dada por la proximidad social y los estrechos lazos de los devenidos enemigos,⁶¹ la economía de rapiña que se alimenta de los recursos destruyendo

⁵⁸ Cf. Münkler, Herfried; *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*, Siglo XXI, Madrid, 2005, págs. 43–55.

⁵⁹ Para Mao la defensa estratégica era aplicable en el primer período, en el que la fuerza insurgente es más débil; a ella la sucedía la contraofensiva estratégica, en un momento de relativa paridad, para culminar en la ofensiva estratégica, de superioridad de fuerzas para la insurgencia. Cf. Mao Tse-tung, *op. cit.*

⁶⁰ Münkler, H.; *op. cit.*

⁶¹ Waldmann, Peter; “Introducción”, en Waldmann, P. y Reinares, Fernando (comps.); *Sociedades en guerra civil*, Paidós, Barcelona, 1999.

infraestructura,⁶² el carácter de clase (en las zonas más desfavorecidas las tropas regulares suelen hacer estragos con fines intimidatorios), entre otros. Pero no es en esto donde se produjeron las mayores novedades, sino en el tipo de bajas producidas.

Las bajas de las nuevas guerras

En los conflictos bélicos tradicionales se computan las bajas (puestas en inacción) del personal propio y ajeno de la siguiente manera:

Bajas de combate:

- Personal muerto en acción de combate contra el enemigo.
- Personal herido por acción de combate.
- Personal capturado por el enemigo.
- Personal que se encuentra desaparecido en acción de combate.

Bajas no producidas en combate:

- Personal que fallece en accidentes no relacionados al combate.
- Personal herido en accidentes no relacionados al combate.
- Personal enfermo.

Bajas administrativas:

- Personal en uso de licencia.
- Personal transferido, etc.⁶³

Se trata, en la mayoría de los casos, de bajas de personal militar. Y cuando se trata de personal civil, es asimilable al militar, en tanto cumple funciones dentro del aparato bélico. Las bajas civiles (muertos y heridos) tradicionalmente han sido efectos no deseados de los enfrentamientos. Aunque en la antigüedad y el medioevo eran corrientes los sitios de ciudades, hecho que dio lugar a significativos cambios en la arquitectura,⁶⁴ la irrupción de la modernidad instituyó los “campos de batalla” como espacio abierto para el combate, librando, en lo posible, a los asentamientos humanos de las calamidades de la guerra. Las convenciones que intentaron reglar la guerra también especificaron la prescindibilidad de los civiles en las mismas. Sin embargo, tal como apuntamos antes, los civiles son el blanco principal del nuevo tipo de guerras, justamente porque lo que se busca es minar la voluntad de lucha del enemigo.⁶⁵ Esta modalidad

⁶² Münkler, H.; *op. cit.*, cap. 4.

⁶³ Comisión de Defensa del Centro de Estudios Nueva Mayoría; “¿Cuántas bajas aceptará la sociedad norteamericana?”, 6 de febrero de 2003, en <http://www.nuevamayoria.com/ES/>.

⁶⁴ Cf. Parker, Geoffrey; *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500–1800*, Crítica, Barcelona, 1990. Asimismo, Weber, Max; *La ciudad*, La Piqueta, Madrid, 1987, capítulo 1.

⁶⁵ Aunque es muy difícil establecer una relación numérica, en la guerra de Irak, la relación entre civiles y militares muertos es aproximadamente de 20 a 1. Cf. Sierra, Gustavo; “Cruces en la arena” *Clarín*, 11/07/06. Allí sostiene que ha habido unas 50.000 bajas civiles iraquíes contra poco más de 2.500 (2517) militares norteamericanos muertos. El estudio más serio realizado, (Gilbert Burnham, Riyadh Lafta, Shannon Doocy, Les Roberts; “Cifras de mortalidad en Iraq tras la invasión de 2003: 654.965 iraquíes muertos a consecuencia de la guerra”) conocido recientemente y publicado por la prestigiosa revista inglesa *The Lancet*, estipula en 654.965 iraquíes muertos desde la invasión estadounidense en el 2003 hasta

suele ser presentada como “terrorismo” cuando es producida por fuerzas no estatales, y como “daños colaterales” —en alusión a la imposibilidad de controlar eficazmente el poder de fuego— cuando las producen fuerzas estatales. Este escenario se abrió a partir de la segunda guerra mundial (aunque su ícono siempre será, en el “ensayo general” de la misma, el bombardeo a la ciudad de Guernica, el 26 de abril de 1937) en el enfrentamiento entre las tropas de ocupación y las fuerzas de resistencia, en los bombardeos alemanes a Londres y británicos a Berlín y, principalmente, en el avance alemán en territorio soviético. A partir de entonces la práctica se fue generalizando en la misma medida en que fue cambiando el tipo de guerras que se libraban. El combate urbano constituye, hoy, un capítulo del arte de la guerra.⁶⁶ Nótese que, a diferencia del “campo” de batalla, en el que se enfrentan abiertamente dos ejércitos enemigos, en un escenario urbano los bandos combatientes —particularmente el no estatal— es más difuso, lo que genera irremediablemente bajas civiles. Pero, dado que este es un territorio en el que técnicamente desaparece la asimetría tecnológica ya que el combate es cuerpo a cuerpo con armas ligeras, los ejércitos regulares, particularmente los occidentales, están optando por el bombardeo de las mismas antes de atacar con infantería, produciendo bajas civiles que difícilmente pueden catalogarse de “daños colaterales”. Así se han producidos verdaderas matanzas de civiles como el ataque a la ciudad de Fallujah⁶⁷ o los bombardeos a Belgrado durante la guerra de Kosovo.⁶⁸ Pese a las demoledoras críticas por su probada ineficacia militar,⁶⁹ se sigue repitiendo ese esquema táctico. La respuesta a la pregunta de porqué se sigue haciendo hay que buscarla en otro ámbito: no es el poderío militar del enemigo lo que se pretende minar, sino la voluntad de la población a continuar la guerra. Y esto es algo que realizan tanto las fuerzas estatales como las no estatales.⁷⁰

Sin embargo, estas bajas, que son en buena medida indiscriminadas (y de las que muy difícilmente se puede obtener una contabilidad precisa pues suelen ser barrios o ciudades completas), se complementan con otras, que constituyen un nuevo tipo de baja, producto directo e intencionado de las fuerzas estatales: el *detenido-desaparecido*.⁷¹

julio de 2006, fecha de realización de la investigación. El trabajo puede verse en castellano en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=39504>.

⁶⁶ Véase Nievas, Flabián; “El combate urbano”, en este volumen.

⁶⁷ Cf. Baran, David; “La devastación de Fallujah”, en *Le Monde Diplomatique* N° 66, diciembre de 2004. En dicho ataque las fuerzas estadounidenses utilizaron fósforo blanco —explícitamente prohibida por la Convención de Ginebra—. El jefe Estado Mayor de EE.UU., general Peter Pace, sostuvo que “es un instrumento legítimo de los militares. No es un arma química, es incendiaria”. Diario *Clarín*, 17 y 30 de noviembre de 2005.

⁶⁸ Esto, sin embargo, tiene antecedentes. “Durante la guerra de Corea (1950–1953) más del 80% de las veintidós principales ciudades de Corea del norte habían sido destruidas por los bombardeos aéreos norteamericanos en más de un 50%. Algunas, como Sinanju, totalmente, y otras, como Sariw’on, en un 95%.” Bonavena, P. y Nievas, F.; “Las nuevas formas de la guerra”, ponencia presentada al XXV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Porto alegre, 2005.

⁶⁹ Cf. Reese, Timothy; “Potencia de fuego de precisión: bombas inteligentes, estrategia ignorante”, en *Military Review*, enero–febrero de 2004.

⁷⁰ Es casi un lugar común describir los ensañamientos que hay con la población civil. Los genocidios como el de Rwanda, o el del pueblo kurdo a manos del gobierno de Saddam Hussein y los turcos —este último aún en curso— así como las pretendidas “limpiezas étnicas” son denotativos de esto.

⁷¹ Cf. Bonavena, Pablo y Nievas, Flabián; “Las nuevas formas de guerra, sus doctrinas y su impacto sobre los derechos humanos”, en *Fermentum. Revista de Sociología y Antropología*, Año 16 N° 46, Caracas, 2006, pág. 363.

Esta baja, cuyo origen debe buscarse en el decreto “Noche y niebla” de los nazis, también se va generalizando. En el Cono Sur se conoce bien su efecto, pero su producción es cada vez más universal. El secuestro sin dejar rastros de un presunto combatiente es una acción emprendida por las fuerzas estatales, como una forma de infligir terror en la fuerza no estatal, a fin de inficionar la moral de la fuerza que sufre este tipo de bajas.⁷² De manera deliberada se sustrae a la persona sin dejar huellas de la misma para que ese lugar lo ocupe la incertidumbre, con sus consecuencias paralizantes. Esto está en consonancia, además, con el papel central que tiene la inteligencia en este tipo de conflictos. No solamente la selección de las futuras bajas es producto de la inteligencia, sino que sus efectos son modulados por la misma. Una situación intermedia es la de los prisioneros de la base de Guantánamo: ni son prisioneros en el sentido tradicional del término, ni llegan a ser desaparecidos. Tienen de los primeros, su reconocimiento; de los segundos, la total indefensión, su situación por fuera de cualquier derecho, y la incertidumbre plena respecto de su futuro.

Esta tendencia es tan fuerte que en Estados Unidos, después de los ataques del 11 de septiembre de 2001, ha comenzado a emerger una corriente que aconseja emplear la tortura como instrumento antiterrorista.⁷³ Y hay una corriente jurídica que justifica la despersonalización del enemigo, al cual consideran que se deben reconocer menos derechos.⁷⁴ Esto implica no solo la tortura, sino la lisa y llana desaparición del concepto de humanidad en quien es tipificado como “enemigo”, con lo cual, ni siquiera entra en el estatus internacional de prisionero, ni lo asisten los derechos humanos, ni siquiera es una baja jurídicamente reconocible. Las implicancias son de enormes proporciones.

Esta realidad provoca escozor intelectual. No se procesa analíticamente estas bajas. Están, pero son relativamente invisibles. La única forma en que aparecen es como víctimas de crímenes de guerra o de lesa humanidad. No es casual, por ello, que Estados Unidos —principal productor actualmente de este tipo de bajas— no reconozca el Tribunal Penal Internacional y que denodadamente busque inmunidad diplomática para sus tropas.⁷⁵ Allí donde éstas van a realizar “ejercicios conjuntos”, deben ser reconocidas como personal diplomático, renunciando el país anfitrión a toda acción legal contra ellas, propia o de terceros (no puede, por ejemplo, extraditar a pedido de la justicia de ningún otro país).

⁷² En diciembre del 2004 los tribunales Justicia de Milán comenzaron la investigación por la desaparición de seis militantes ultraslámicos en Italia, secuestrados por agentes de la CIA norteamericana con apoyo de inteligencia italiana, según publicó el *Corriere della Sera* el 02/12/04. Por su parte, Amnesty International denunció vuelos secretos de la CIA en Europa para transportar detenidos ilegales. El comunicado puede verse en <http://web.amnesty.org/library/Index/ESLAMR511982005>

⁷³ La tortura se realiza de hecho, tanto en las prisiones secretas de la CIA como en el sistema carcelario estadounidense. De lo que se trata aquí es de la legalización de dicha práctica.

⁷⁴ “El derecho penal del enemigo pena la conducta de un sujeto peligroso en etapas previas a la lesión, con el fin de proteger a la sociedad en su conjunto, y esto quiebra la relación lógica tradicional entre pena y culpabilidad” sostiene Günther Jakobs, una de las máximas autoridades mundiales en teoría del derecho. Cf. “El enemigo tiene menos derechos”, en *La Nación*, 28 de julio de 2006.

⁷⁵ En América del Sur Paraguay fue uno de los primeros países en concederle estatus diplomático a las tropas estadounidenses. Cf. Motto, Carlos y Ceceña, Ana Esther; *Paraguay: eje de la dominación del Cono Sur*, Observatorio Latinoamericano de Geopolítica, Buenos Aires, 2005, pág. 25.

La inteligencia y los operativos psicológicos

Ya mencionamos la pérdida de centralidad, dada la variación del tipo de conflicto, de la logística como centro del esfuerzo bélico. En los conflictos clásicos el mayor esfuerzo está puesto en abastecer al frente de combate; ello implica un flujo continuo de municiones, combustible, alimentos, medicamentos, que varía según el tipo de conflicto de que se trate. Suele calcularse que aproximadamente entre las dos terceras y las tres cuartas partes del esfuerzo se consume en logística. En el caso británico en la guerra de Malvinas esto fue aún mayor. El traslado de la flota y hombres a través de miles de kilómetros (la base británica más cercana, en la isla de Ascensión, está a 6.250 km. de Malvinas y 6.800 de Gran Bretaña) puede dar una idea de ello.⁷⁶

En las guerras difusas, carentes de frente y retaguardia claras, no hay, en consecuencia, una logística de claro diseño. El esfuerzo se pone, más bien, en la inteligencia y la producción de operativos psicológicos —PSYOP—, de mayor alcance en el tiempo. La razón de esto es muy sencilla. La identificación de los combatientes y sus redes son tarea de la inteligencia. Pero no es ésta su única tarea. La inteligencia opera en dos niveles: uno general, que es la confección de “mapas” conceptuales propios: conocimiento de estructuras, emplazamientos, desplazamientos, lógicas, fisonomía de la fuerza enemiga, etc., y mapas conceptuales ajenos, provocando asociaciones subliminales (por ejemplo, islamismo y terrorismo, protesta y subversión, etc.),⁷⁷ y otro específico, controlando la información/desinformación/contrainformación de la población, provocando situaciones para ser aprovechadas por uno de los bandos en pugna. En este plano, las fuerzas estatales parecen contar con mayor ventaja. Disponen de centenares o miles de expertos en distintas áreas que diseñan y rediseñan permanentemente políticas de difusión, seleccionando puntillosamente los términos a utilizar a fin de socavar la imagen del enemigo,⁷⁸ cuentan con compleja tecnología para espiar, desde satélites hasta sistemas de captura de información como el Echelón, además de casi ilimitados recursos económicos para comprar voluntades.

Es necesario ser cautos en el empleo de estos términos. En principio, porque de manera no por evidente menos eficaz, los enemigos son presentados de forma sistemáti-

⁷⁶ Para tener una idea más cabal, considérese que “cada vuelo de un solo avión de bombardeo estratégico Avro «Vulcan» desde la base de Wideawake (isla Ascensión) hasta las Malvinas, con la misión de bombardear su aeródromo principal, hubo de ser apoyado en vuelo por un total de 13 aviones cisterna «Victor»”. García, Prudencio; *El drama de la autonomía militar*, Alianza, Madrid, 1995, pág. 518.

⁷⁷ “Los auténticos filósofos pueden ayudar a ampliar las miras del investigador dándole una concepción del mundo que le sirva de orientación general a modo de un mapa de carreteras. Una concepción del mundo adecuada puede asimismo ayudar a detectar agujeros en nuestro conocimiento básico sobre determinadas cuestiones. En momentos en que la problemática a investigar, tanto en inteligencia estratégica como en todas las ciencias sociales, se define en contextos difusos de alta incertidumbre, una ayuda de este tipo no debiera ser despreciada.” Lemozy, Susana; “El proceso de investigación de inteligencia como ciencia aplicada”, en Swenson, Russell y Lemozy, Susana; *Intelligence professionalim in the Americas*, Washington D.C., 2004, pág. 433.

⁷⁸ En un programa de televisión especializado en política internacional contaban el suplicio de una madre surcoreana, cuyo hijo adolescente fue “secuestrado” por tropas norcoreanas cuando “paseaba cerca de la frontera”. El régimen norcoreano, decía el informe, le permitió a la madre ver a su hijo luego de casi 30 años, “por última vez”. El relato se respaldaba en emotivas imágenes del encuentro. Lo pueril del informe (y su irrelevancia) denota su clara intención propagandista, intentando generar en el televidente desprevenido un sentimiento de antipatía sobre el régimen norcoreano, justo en un momento de máxima tensión entre Corea del Norte y Estados Unidos.

ca como “terroristas”, “asesinos”, y designaciones similares. Estas calificaciones morales no ayudan a la comprensión del fenómeno, pero no es un defecto. La deshumanización del enemigo torna aceptable —y hasta deseable— su exterminio.⁷⁹ La guerra se libra por adhesiones para el bando propio y repudios para el enemigo —lo que algunos llaman ganar “mentes y corazones”—, de tal modo que la desinformación, la tergiversación y la mentira son parte de la guerra misma.

La forma de construcción de la evidencia es mediante la sobreabundancia de información, que, imposible de analizar, causa perplejidad. Se pasa así por sobre la inteligencia —racionalidad— de las personas y se opera sobre su psiquismo —estimulando las pulsiones básicas que generan miedo, ansiedad, seguridad, etc.— de modo de generar asociaciones acríticas entre, por ejemplo, “musulmán” y “terrorista”; “terrorismo” y “muerte”, “vida” y “democracia”, “democracia” y “Estados Unidos”, etc.⁸⁰ De esta manera, la inteligencia produce “realidad”, en el sentido de cuestiones autoevidentes, que no fueron procesadas críticamente sino por expertos en función de una política determinada.

Ahora bien. Dijimos que debemos ser cautos en el empleo de los términos. El hecho de que se utilice abusivamente del término “terrorismo” no significa que no exista esta práctica como tal. El terrorismo expresa, por una parte, la situación “inicial” de un conflicto armado —inicial en sentido lógico, no cronológico—, es decir, de máxima disparidad de fuerzas.⁸¹ La fuerza extremadamente débil recurrirá a esta práctica por ser la única acción militar a su alcance. Y lo hará de manera sistemática mientras se mantenga esa correlación de fuerzas —si se desequilibra más, probablemente no pueda realizar ninguna acción militar; si tiende a equilibrarse, seguramente se pasará a otras formas de enfrentamiento—. Un acto de terrorismo es la “acción de violencia [que] genera efectos psíquicos desproporcionados respecto a sus consecuencias materiales”⁸² Aunque no existe una mensura exacta como para hablar de proporción o desproporción, es razonable excluir de dicha calificación a todas aquellas acciones violentas que causan estragos materiales. Visto de esta manera, resulta dudoso calificar las acciones del 11 de septiembre de 2001 como fueron actos terroristas y no como acciones corrientes de guerra. El hecho que la hayan ejecutado comandos de grupos insurgentes no priva a la acción de su naturaleza. Y no debemos perder de vista que aún el terrorismo es una etapa de la guerra. Etapa en la cual prima la acción de inteligencia, que es una de las características salientes de la guerra que damos en llamar “difusas”. En virtud de ello es que cualquier acción catalogada de “terrorista” debe ser analizada con la mayor cantidad de elementos a fin de determinar si lo es o no; y no por simple erudición o afán de clasificar los hechos, sino para comprender la etapa del enfrentamiento.

⁷⁹ La figura del *monstruo* es largamente conocida tanto en el derecho como en la medicina. Cf. Foucault, Michel; “Los anormales”, en Foucault, M.; *La vida de los hombres infames*, Altamira, Montevideo, 1992, págs. 83/5.

⁸⁰ Cf. Freytas, Manuel; “Guerra de cuarta generación: cuidado, su cerebro está siendo bombardeado” parte I, disponible en la web en http://www.iarnoticias.com/secciones_2006/norteamerica/0019_guerra_cuarta_generacion_21mar06.html

⁸¹ “[...] la decisión de desarrollar una confrontación armada con medios terroristas no es, en principio, expresión de cobardía, sino que es más bien el resultado de una apreciación racional de las relaciones de fuerza.” Münkler, H.; *op. cit.*, pág. 133.

⁸² Reinares, Fernando; *Terrorismo y antiterrorismo*, Paidós, Barcelona, 2001, pág. 15. “Las estrategias terroristas no buscan [...] las consecuencias físicas inmediatas del uso de la violencia, sino sus consecuencias psicológicas.” Münkler, H.; *op. cit.*, pág. 132.

Las tendencias

Pese a que no han desaparecido y, probablemente, durante muchas generaciones más seguirán asistiendo a guerras de formato tradicional, cada vez más se hacen presentes y se extienden las nuevas formas de guerra. Estas guerras que obligan a replantear todo el pensamiento, no porque haya perdido total vigencia el pensamiento clásico, sino porque resulta insuficiente habida cuenta que el fenómeno ha mutado de lo que era cuando esa reflexión fue realizada, a inicios del siglo XIX.

Aunque es imposible definir escenarios ciertos, es posible describir una tendencia, entendiendo que se trata solo de eso, es decir, una propensión a la expansión de un fenómeno, sin que dejen de existir situaciones u ocurrir hechos contratendenciales. Con esa precaución vamos a tratar de esbozar un panorama probable para las futuras contiendas, de acuerdo a los elementos encontrados hasta el presente.

Crecientemente aparecen conflictos en los que es difícil precisar el carácter de los mismos, en parte por la imprecisión con que se los menciona, pero en parte también por cierta inasibilidad conceptual. Así nos encontramos con “espionaje”, “actos terroristas”, “acciones de resistencia”, “escaramuzas”, “guerras”, “guerras civiles”, “atentados”, etc., todas ellas formas de nombrar muchas veces el mismo conflicto. El tramo “abierto”, franco, de un conflicto bélico no tiene, entonces, un comienzo preciso⁸³ como tampoco lo tendrá, probablemente, su finalización. Es posible que carezca de fronteras claramente delimitadas: la globalización no solo licua los confines para los capitales, sino también para la guerra. La guerra de Irak se trasladó a Londres, a Madrid; la primera “guerra del golfo” a Buenos Aires, a Nueva York.⁸⁴ El “teatro de operaciones” de la guerra tradicional es, cada vez más, el planeta entero; con lo cual se difumina la noción tradicional de territorio. Ya advertimos que no significa esto que no haya lógica territorial para el despliegue de las acciones, pero dicha territorialidad no es inmediatamente la de los Estados nacionales.⁸⁵ En esta licuación del tiempo y el espacio se evidencia uno de los cambios más significativos: el del enfoque estratégico. En las nuevas formas de desarrollo de la guerra no existe el combate final, el espacio es el planeta y el tiempo

⁸³ Esto puede observarse en el caso colombiano con bastante claridad. Por su parte, la guerra entre Israel y El Líbano que estalló abiertamente en julio de 2006 también ilustra esto: suponer que la misma fue detonada por el secuestro de dos soldados israelíes parece una ingenuidad o un corte arbitrario en una larga historia de enfrentamiento entre Israel y Hezbollah desde su fundación en 1982 cuando Israel invadió El Líbano, y en la cual el actual enfrentamiento no es más que una batalla. El corte temporal es necesariamente impreciso: el 12 de julio de 2006 Hezbollah asesinó a seis u ocho soldados israelíes y secuestró a otros dos (esa acción dio lugar al ataque aéreo israelí), pero el 26 de mayo de 2006 Israel asesinó en El Líbano a un dirigente de la yihad islámica, lo que dio lugar al ataque de Hezbollah. Similar encadenamiento de hechos se dio con Hamas. Por otra parte, podemos ver las guerras africanas (Angola con más de tres décadas de duración, Sudán y Somalia, con alrededor de dos décadas cada una, etc.).

⁸⁴ Todas estas ciudades fueron blancos de ataques en momentos en que los respectivos países estaban involucrados en guerras.

⁸⁵ Estados Unidos, por ejemplo, sufrió golpes en Tanzania y Kenya, en 1998 (voladura de sus embajadas) y en Yemen en 2000 (ataque al destructor USS Cole). Otro tanto se puede decir de Rusia, que sufrió golpes en Osetia del Norte, Kabardino-Balkaria, Georgia y otras regiones del Cáucaso.

debe medirse, probablemente, por generaciones. Se han dislocado los parámetros tradicionales en base a los cuales se pensaba y planeaba la guerra. Se ha perdido, por parte de los ejércitos regulares, gran parte de esa capacidad. Por otra parte, en tanto difusa o inexistente la línea divisoria entre combatientes y no combatientes —incluso en las fuerzas regulares, pues parte de su tarea es “terciarizada” por compañías militares privadas, que constituyen el eslabón necesario para la actuación en estos escenarios—,⁸⁶ todos los civiles son potenciales blancos. Y lo son justamente en su calidad “civil”. La corrosión de la civilidad como efecto de la guerra no se circunscribe a la de ser blanco militar: los mecanismos de “seguridad” no hacen más que socavar los derechos civiles. La “Patriot Act” ataca, precisamente, la civilidad. La vulneración de la civilidad oscila entre este polo y las masacres.⁸⁷ Los Estados Mayores lo saben —y actúan en consecuencia—, pero no pueden decirlo. El eufemismo de “daños colaterales” no oculta las matanzas, a veces llegadas al genocidio.

Asimismo, por la naturaleza de este tipo de conflictos, se tiende a privilegiar cada vez más el combate urbano —pese a que las tropas convencionales rehúyen el combate allí—, con sus secuelas de bajas civiles. Pero es escogido por ambos desde distintas perspectivas: los ejércitos convencionales, bombardeando desde la distancia o desde el aire, a fin de —intentar— agotar la resistencia; las tropas insurgentes, porque allí elimina la desventaja comparativa en términos tecnológicos. No hay sitios ni personas neutrales; ni hospitales ni escuelas ni niños. Nada ni nadie escapa al fenómeno de la guerra “difusa”. Parece ser un imperativo de la época. Y esto no debe asignarse, en nuestra opinión, a una perversidad intrínseca de los militares ni de los milicianos —explicación fallida, pero a la que se suele recurrir a falta de otras mejores—, sino que son las condiciones que crea el capitalismo en su faz financiera: traspasando fronteras, licuando límites, anulando los tiempos diferenciales, posibilitando la rápida movilidad de cuerpos y cosas, pero también despojando hasta niveles desconocidos a gran parte de la humanidad de sus condiciones de existencia, en una etapa en la cual, por el desarrollo alcanzado, no deberían existir miseria y hambre. No puede extrañar la inmolación de combatientes no estatales cuando se ha sumergido en la indignidad a la población a la que pertenece.⁸⁸

La comprensión de este extendido fenómeno —“la guerra es el fenómeno social por excelencia”⁸⁹— requiere un esfuerzo intelectual que implica la no moralización del mismo, el establecimiento de una distancia crítica, no siempre fácil de encontrar, y una importante dosis de audacia y rigurosidad teórica. La dificultad actual se debe, en gran medida, a que el fenómeno está en plena transformación; no ha cobrado aún una forma definitiva. Pero, a modo de hipótesis final, podemos sugerir que la mutación que está operando tiene como sustento la siguiente dinámica:

- El desarrollo inusitado de la tecnología y el poder destructivo de los ejércitos regulares inhiben a los contendientes más débiles —sean estatales o no— a adop-

⁸⁶ Véase Nievas, Flabián; “La Compañías Militares Privadas”, en este mismo volumen.

⁸⁷ La población civil es un blanco específico para quebrantar o al menos “ablandar” la voluntad de los dirigentes políticos en su decisión de continuar la guerra. Esto fue sumamente efectivo en el ataque a Madrid el 11 de marzo de 2004, y no tanto con los bombardeos israelíes a la población civil de El Líbano de julio/agosto de 2006.

⁸⁸ Véase el excelente testimonio de Leila El-Haddad en su blog <http://www.a-mother-from-gaza.blogspot.com>; allí se aprecia la dimensión de la desesperación que puede conducir a este tipo de combates.

⁸⁹ Bouthoul, Gastón; *Las guerras*, Biblioteca del Oficial, Círculo Militar, Buenos Aires, 1957, pág. 22.

tar formas clásicas de guerra. La asimetría tecnológica lleva a la asimetría estratégica, lo que se refuerza con la asimetría moral. (En este plano hay que señalar una cuestión: existe cierta tendencia a asimilar el fin de la “guerra fría” con la expansión de estas nuevas formas de guerra —como afirmamos al inicio, estas formas comienzan con el inicio de la “guerra fría”, aunque luego se expandieron más aún—, como consecuencia de la unipolaridad emergente Estados Unidos carece de competencia militar. La realidad es más compleja que este esquema simple. Si bien es cierto que Estados Unidos es el país que más ha participado en guerras desde la última década del siglo XX y, en consecuencia, el ejemplo siempre más a mano y más visible, no es menos cierto que sus problemas, ya señalados, son comunes al resto de los países más o menos desarrollados o presuntamente poderosos militarmente. Un examen del papel ruso en la guerra chechena o de los británicos en Irak indica esta similitud).

- El tipo de combate de este tipo de guerras deja, paradójicamente, paralizadas o cuasi paralizadas a las fuerzas militares regulares, lo cual se puede sintetizar en la siguiente imagen: con submarinos atómicos, misiles, armamento nuclear, bombas inteligentes, aviones invisibles, etc., no se puede enfrentar al miliciano que astutamente produce bajas con un fusil o una bomba. Podría decirse que en gran medida, el sofisticado aparato militar de las principales potencias, queda invalidado para este tipo de conflictos; han sido elaborados para guerras que casi no ocurren, y resultan inservibles o poco útiles para las guerras que ocurren con asiduidad.
- Dado el planteo estratégico se trata de una guerra “integral”. A diferencia de lo acontecido hasta el momento con los combatientes, los milicianos se encuentran integrados a la población,⁹⁰ lo que refuerza el cambio morfológico de la beligerancia —combate urbano, ataque a civiles, moral asimétrica, etc.—.

Con estas breves notas hemos intentado relevar los aspectos más significativos de tales cambios para facilitar su conceptualización, que aún estamos lejos de alcanzar, pues, como señalamos desde el título escogido, son guerras “difusas” y su comprensión es, en consecuencia, todavía difusa.

⁹⁰ Cf. White, Jeffrey; *op. cit.*, pág. 22.

